

El Belén siempre es “viviente”

Nadie pone en duda que el primer Belén y la primera representación del Belén fueron “vivientes”. El primero fue el nacimiento mismo de Jesús del seno de María su Madre, con la presencia y ayuda de José su esposo, en un establo y en un pesebre de la pequeña ciudad de Belén, que compartieron con una mula y un buey. Al entrar en el mundo la Vida que venía de Dios, aunque todo había sido discreto y pobre, sobrevino un alboroto del cielo para la tierra, en el que participaron unos personajes (ángeles, estrellas, pastores, magos, reyes, sabios, soldados y hasta el mismísimo Herodes), que le dieron maravillosos, pero también trágicos, matices a un acontecimiento que cambia la historia, remueve la vida de la gente y no deja a nadie en la indiferencia. Y la primera representación del Belén, según se nos cuenta, también fue viviente. Tras regresar de Tierra Santa, San Francisco de Asís celebra en Greccio, Italia (1223) una misa de Navidad con la representación del Nacimiento: una imagen del Niño Jesús, un buey y una mula, escogidos de entre los del lugar, que del mismo modo que no quisieron faltar en el primero, tampoco faltaron en éste de Francisco.

A partir de entonces se hace tradición montar el Belén, sobre todo entre los franciscanos y las clarisas, y poco a poco se renuevan las formas de evocar los hechos del nacimiento de Jesús. La representación del Belén se va enriqueciendo, aunque siempre se procura que refleje la vida cotidiana de aquellos que montan y celebran el Nacimiento de Hijo de Dios. En realidad, o bien por los personajes que se sitúan en el Belén en torno al Misterio, que suelen ser los paisanos del lugar o bien representados o bien en persona, el Belén siempre es viviente. Lo hacen, además, viviente todos los que lo contemplan, que normalmente se preguntan: ¿Dónde estoy yo entre tantos personajes que viven del Misterio? No hay Belén, ni en su intención ni en su composición ni en su contemplación, que no esté lleno de Vida.

Pero la verdadera Vida del Belén la trae el que desde el mismo Dios, su Padre, recorre el camino del cielo a la tierra, por obra del Espíritu Santo, para vivir entre los seres humanos y poner a nuestra disposición un Reino de verdad, de justicia y de paz. El Belén en realidad siempre desencadena la vida nueva de los que conocen, aman y siguen a Jesucristo. El Belén es siempre regenerador de un mundo nuevo, que nos cambia el corazón y transforma nuestras relaciones humanas. Por eso, poco importa que el Belén sea más rico o más pobre, más artístico o menos, más sobrio o más adornado. Al final lo que lo enriquece es que en él se puede contemplar el corazón de Dios. A poco que paremos nuestro propio corazón ante el Misterio, enseguida descubriremos que en el Belén el Niño Dios nos pide que nuestros sentimientos, nuestras actitudes y nuestros hechos reflejen sus deseos para los seres humanos, a los que ama y quiere seguir amando cada día a través de nuestro amor y nuestro servicio. Es así como se le da vida a los belenes.

Hagamos entonces en navidad belenes vivientes con nuestra acción solidaria en favor de los más necesitados. De ese modo nuestra mirada al Belén será como Dios manda. En estos tiempos de grandes problemas sociales, como son los nuestros, hemos de mirar al Belén con ojos favorables a un mundo en paz, del que desaparezca el odio, la violencia y de terror; sintamos el Belén con el dolor de los inmigrantes, de los que saltan las vallas, de los surcan los mares en frágiles pateras, de los que pierden la vida en sus aguas, de los que viven sin papeles y sin derechos; amemos el Belén con todos los que buscan que se respete la vida sin ninguna interrupción provocada por la mano

del hombre; montemos el Belén con el trabajo de todos y para todos y aspiremos desde él una sociedad en la que no haya excluidos; soñemos el Belén con mujeres respetadas en su dignidad y sin signos interiores o externos de violencia; busquemos en el Belén a niños y niñas siempre queridos, respetados y bien orientados hacia un futuro en el que no tengan nada que temer; miremos con alegría la belleza de los ríos, de las montañas, de los árboles, de la naturaleza respetada para bien de toda la humanidad.

Y aunque todo lo que acabamos de poner en el Belén es imprescindible, os voy a proponer algo aún más concreto para hacer vivientes nuestros belenes: os invito a todos los diocesanos a que colaboréis con vuestros donativos a dignificar la vivienda de los más pobres. Propongo, sobre todo, que les ayudemos a pagar la hipoteca, la renta, la luz y el agua... Lo podéis hacer a través de **Cáritas Diocesana o de las cáritas parroquiales**, indicando esta intención. Me consta que para alimentos, vestidos y otras necesidades estáis colaborando abundantemente en estos días. Sería muy hermoso que pudiéramos entre todos sostener la vivienda de los más necesitados entre nosotros. ¡Que no les suceda como a los Tres de Belén!

Cuando paséis ante un Belén no os olvidéis que con nuestra mirada lo hacemos viviente. Por eso siempre hemos de decir: yo soy uno más entre los “personajes” que adoran el Niño Dios y, justamente por eso, lo veo y lo sirvo en los pobres.

Feliz, santa y solidaria Navidad.

+ Amadeo Rodríguez Magro
Obispo de Plasencia